

CUADERNOS DE LA

D.

EDITORIAL: Notas distintivas de una civilización de inspiración cristiana y democrática.

PANORAMA POLITICO: Unica salida: pacificación nacional.

RESPUESTAS A LA ENCUESTA SOBRE DEMOCRACIA CRISTIANA.

PANORAMA GREMIAL: La C. G. T.

EMOCRACIA

EL IMPERIO DE LA VIOLENCIA: por José Manuel Saravia (h)

QUE HACEN LOS DEMOCRISTIANOS: Comunismo y represión.

DOCUMENTOS: Memorándum de la Junta Nacional del P.D.C. al Ministro del Interior.

INFORMACION D. C.

C.

RISTIANA

NOTAS DISTINTIVAS DE UNA CIVILIZACION DE INSPIRACION CRISTIANA Y DEMOCRATICA

COMUNITARIA

Esta segunda nota distintiva de una concepción cristiana y humanista de una sociedad de hombres libres, reconoce —al decir de Maritain en "Los Derechos del hombre y la ley natural"— que la persona tiende naturalmente a la sociedad, a la comunión (común unión), en particular, a la comunidad política y considera en el orden propiamente político y en la medida en que el hombre es parte de la sociedad política, al bien común como superior al de los individuos, lo que no es poco decir.

Ya hemos señalado la trascendencia de la persona y de sus bienes espirituales. Hoy recordamos que la persona exige por naturaleza, en virtud de su dignidad así como de sus necesidades, ser miembro de una sociedad.

El bien de la sociedad es el bien de la comunidad, el bien del cuerpo social. Pero si no se comprende que éste es un bien común de personas humanas, caeríamos en los errores de tipo totalitario.

Ese bien común —diremos siguiendo siempre al filósofo— es la conveniente vida humana de la multitud, de una multitud de personas: su comunicación es el bien vivir.

Porque cada uno de nosotros necesitamos vivir en comunión con otras personas, no sólo para recibir los bienes o servicios de utilidad pública, sino especialmente todo lo que es comunicable en la amistad, la virtud, la justicia, la rectitud, la sabiduría que tienen otras personas, y que pueden perfeccionar nuestra vida y nuestra libertad.

El ideal comunitario demócrata cristiano ha dejado de ser únicamente el bien común de la nación: ello no es más que una simple área de condensación, por decirlo así, del bien común de toda la sociedad humana que es nuestra meta.

UNICA SALIDA: PACIFICACION NACIONAL

El destino del Gobierno parece estar ligado a una cadena de crisis internas que mientras se desarrollan, extienden por el país una verdadera ola de rumores, de perniciosas consecuencias.

Complots denunciados, luego desmentidos o no probados, cambios de gabinete, declaraciones de las Fuerzas Armadas, del Poder Ejecutivo dan la constante del cuadro de gestación y maduración de los procesos internos de presión en las altas esferas oficiales.

De este enjambre de hechos —muchos de ellos sugestivamente contradictorios—, cada uno tiene su propia interpretación.

Ha nacido así una nueva literatura política, de complicada factura que asigna a cada acto oficial, sea presunto golpe de estado, cambio de gabinete o cualquiera otra operación política, una finalidad secreta, fruto del desenvolvimiento de las más refinadas dialécticas.

En otros tiempos un golpe de estado iba precedido de ciertas connotaciones bien definidas que no dejaban lugar a ninguna duda en cuanto a su objetivo. Nadie sospechaba que se organizaba sino para destituir al que ejercía el poder. Fracasado o triunfante, los resultados eran palpables.

Hoy ya nadie se aventura a afirmar con certeza si un cambio de gabinete es un verdadero cambio o un golpe de estado. Si lo preparó la oposición, "un grupo de presión", o el Presidente de la República; si tiene por finalidad renovar un elenco de hombres o de ideas, o en definitiva mantenerlos, por la vía de la destitución, todo ello a través de diabólicas maniobras.

Leer un comentario político requiere poseer todo un arsenal informativo. Escribir un comentario político ya no es tarea de un equipo de políticos. Es una verdadera operación de comando, secun-

dada por un penetrante servicio de informaciones. Todo se desarrolla en la oscuridad. Cuando algo se aclara, surge la duda: lo habrán preparado para que aparezca claro.

Ya a nadie se le ocurre detenerse a escuchar a un partido o a un dirigente político. Los cuerpos colegiados si no existieran a nadie se le ocurriría indagar sobre su ausencia.

Hoy interesa saber qué opinan los "grupos de presión". Quien domine sus procesos internos posee la fuente de sabiduría política y entenderá entonces cómo una renuncia o una destitución pueden llegar a ser una secreta ratificación de confianza y un salvoconducto para volver al cargo.

¿Cómo llega al pueblo todo este complicado procedimiento? Sencillamente simplificado por el que tiene más medios para hacerlo: el Gobierno.

¿Es que alguien le cree ya a este Gobierno?

Preguntamos nosotros: ¿caso le cree a la oposición?

No estamos muy alejados, si contestamos ambas preguntas negativamente.

Ni el Gobierno ni la oposición son hoy día fuentes dignas de crédito para el hombre argentino.

La incredulidad gobierna nuestras masas. No tienen tiempo para pensar más que en su supervivencia.

Hoy hay mayor interés en una vitrina de exposición de cotizaciones monetarias, que en una cartelera de cables y noticias, por más golpe de estado que anuncie.

El país ha sido arrojado a un mundo de cavilaciones materiales, que tienen la vigencia del pan de cada día y del futuro incierto. Ese mundo estrecho y agobiante se canaliza fuertemente en defensa de determinados intereses económicos. Las únicas manifestaciones colectivas que podemos advertir luchan afanosamente por un objetivo bien claro e inmediato: los ju-

bilados, el 82 %, que reclaman en reuniones públicas que todos los partidos políticos no alcanzarían a igualar. Los propietarios se congregan y levantan su partido. Los inquilinos no se quedan atrás. Los carros policiales recorren la ciudad, sólo para dispersar actos de sectores gremiales.

De pronto, nos detenemos a pensar. ¿A qué se debe este proceso?

El que se opere en la actualidad un agrupamiento de sectores unidos por un común denominador de clase o interés económico inmediato, y simultáneamente se dé un vacío político y un descreimiento colectivo en las instituciones básicas del país, en medio del caos y la anarquía de los poderes constitucionales, no puede ser simplificado a tal punto de afirmar que todo obedece a una gran campaña continental de penetración comunista.

Es cierto e indiscutible que el país está soportando una de las embestidas más serias del comunismo internacional, sobre las bases de nuestra estructura social.

Es también cierto que todo parece indicar que el Gobierno se empeña en crear las condiciones favorables para el fortalecimiento del bolcheviquismo, por más que lo disfraza con un decreto, que deja intacto todo el aparato comunista con su planificación de penetración en todos los órdenes de las instituciones: llámese sindicato, fuerzas armadas, burocracia oficial, etc., etc.

Pero esto no agota el interrogante del país.

Estamos de acuerdo que el comunismo hoy opera con el mejor caldo de cultivo y es fuente de enormes agitaciones.

Pero hay algo más.

Lo hemos señalado en anteriores co-

mentarios: 1º un grave vacío político, 2º un sector del país desterrado de la vida cívica, 3º una grave corrupción moral, 4º un proceso económico de irritante desigualdad.

No habrá posibilidad de llenar este inquietante vacío político, sin intentar la canalización honesta de ese "medio país desterrado". Ese destierro mientras no se incorpore a la comunidad nacional será permanente factor de atentados al orden democrático y republicano del país. La Democracia Cristiana tiene la responsabilidad de asumir esa gran tarea. No habrá fuerza alguna que puede competir con ella, si ese proceso de canalización, de arraigo democrático, lo sabe llevar adelante con fe y energía. No habrá quien pueda competir con ella, repetimos, porque el país está ansioso de abrir nuevos cauces, que fijen los puntos de partida en la estructuración de una auténtica comunidad nacional.

Celebramos que la Junta Nacional haya reiterado lo que nació junto con la fundación de la Democracia Cristiana argentina y se mantuvo como una constante política: la realización de una auténtica pacificación nacional, en una cruzada que "destaque las convicciones esenciales y comunes a todos los argentinos y aseguren el orden en la justicia y la libertad".

Ese fué el indeclinable propósito de la acción política del P. D. C. desde los primeros días, ese fué el impulso de nuestra acción cívica y la condición del reencuentro argentino, luego de la revolución del 16 de setiembre.

Debe seguir siéndolo, hoy más que nunca. Lo exige la urgente necesidad de plasmar definitivamente las bases de una auténtica comunidad nacional.

RESPUESTAS A LA ENCUESTA SOBRE DEMOCRACIA CRISTIANA

*Contestan en este número: Marta Aldanondo, Julio Alvarez, Horacio Peña, Oscar Puiggrós
y Manuel R. Salgado*

I. — ¿Cuál de estas definiciones le cuadra mejor a la Democracia Cristiana argentina?

a) La Democracia Cristiana es la tendencia que orienta la estructura del país desde la Organización Nacional. Todos los movimientos políticos y sociales han podido renovarse y convivir en ella, siempre que mantuvieran incólumes sus principios.

b) La Democracia Cristiana es una fuerza nueva en la Argentina, tanto por su composición como por su doctrina. Su aparición fue provocada por hechos en los que vino a desembocar una tendencia permanente de nuestra historia que no había tenido realizaciones políticas.

ALDANONDO, PEÑA — Respuesta: b)

ALVAREZ — Respuesta: Contesto a la primera diciendo que en cuanto tendencia está en el transfondo de lo argentino pero en cuanto fuerza es nueva y original.

PUIGGROS — Respuesta: b), con la siguiente observación:

La "tendencia permanente" aludida por Uds. se manifiesta en el pensamiento y en la acción de muchos hombres que gravitaron en el desarrollo del país, tanto en su aspecto institucional como en el social-económico, en unos en forma clara y definida, como Frías y en buena medida Estrada en otros con relación a aspectos parciales de su pensamiento y de su obra.

SALGADO — Respuesta: Democracia Cristiana no tiene en la Argentina una definición autónoma, como no la puede tener en ninguna parte.

Doctrinariamente, es la tendencia social que busca la aplicación integral de los principios evangélicos a las relaciones de la ciudad.

II. — ¿Cómo puede juzgarse —brevemente— el hecho peronista?

a) El peronismo realizó la incorporación a la vida pública argentina de las capas sociales nuevas, nacidas de la inmigración. Lo hizo a través de una revolución antinatural y contraria a nuestra línea histórica, que pudo evitarse. Otros países han visto la capacitación del proletariado y su ingreso al poder político compartido, dentro del juego de la democracia.

b) El peronismo realizó una revolución inevitable, producida por la falta de vigencia de nuestro régimen político y la incapacidad de nuestras clases dirigentes para darle su lugar a una creciente clase obrera, realizando los cambios de mentalidad

y de estructura económico-social que esto representaba. Su superficialidad y su forma dictatorial le impidieron darle la culminación que hubiera sido un orden nuevo y estable.

SALGADO — Respuesta: b)

ALDANONDO — Respuesta: Esto reduce el peronismo que incluye otros aspectos de importancia. Las dos tienen algo de cierto.

ALVAREZ — Respuesta: El peronismo realizó no una revolución (significa cambio) sino que comprendió la necesidad y la fuerza de los obreros y de los empleados con intelectuales nacionalistas de vagos sentimientos socialcristianos unidos en la esperanza de una revolución que no se concretó. Hubo incapacidad de nuestras clases dirigentes, hoy mismo inoperantes, pero el peronismo tampoco formó dirigentes capaces.

PEÑA — Respuesta: *El peronismo realizó una evolución inevitable, producida por la falta de vigencia de nuestro régimen político y la incapacidad de nuestras clases dirigentes para darles su lugar a una creciente clase obrera, realizando los cambios de mentalidad y de estructura económico-social que esta representaba. Su superficialidad y su forma dictatorial le impidieron darle la culminación que hubiera sido una organización mejor de la sociedad.*

PUIGGROS — Respuesta: Ninguna de las respuestas satisface. "La incorporación a la vida pública argentina de capas sociales nuevas nacidas de la inmigración", se manifiesta desde mucho antes de la aparición del peronismo. Lo sucedido es que las fuerzas sindicales, principalmente sus núcleos dirigentes, tuvieron destacada gravitación sobre los problemas políticos, pero en modo alguno se puede registrar una mayor participación del pueblo en la vida política ni un perfeccionamiento de la cultura cívica. Sin entrar a analizar los diversos aspectos del fenómeno, puede señalarse que las tendencias naturales hacia la Justicia Social, la reiterada frustración de las principales fuerzas políticas argentinas, la influencia de las doctrinas estatistas agobiadoras de la personalidad humana esparcidas por el mundo y la claudicación de núcleos dirigentes de la sociedad argentina, todo ello creó un clima propicio al advenimiento de una corriente popular fomentada inescrupulosamente por el tirano. Es evidente que la convulsión social producida por este hecho ha tenido efectos en todos los órdenes, pero sustancialmente ha distorsionado los valores sociales fundados en los principios de la democracia, la libertad, la responsabilidad, la Justicia y el derecho. La legislación social dictada durante el gobierno peronista —más de una década— no es proporcionalmente más abundante ni más efectivamente conducente al bienestar moral, económico y social de los sectores obreros, de lo que fue en décadas anteriores, o de la evolución social que se advierte en ese mismo lapso en otros países democráticamente orientados. Debemos asimismo computar los positivos retrocesos que fueron el precio de las modificaciones señaladas, como la disminución de los hábitos de trabajo, de la responsabilidad social, del espíritu de capitalización y ahorro —agravado por la alocada carrera inflacionista, droga favorita de los gobiernos irresponsables y antipopulares—, de la desilusión por los sistemas democráticos y, especialmente, el desarrollo del materialismo en todos los órdenes.

III. — ¿Qué composición social le corresponde a la Democracia Cristiana, de acuerdo con sus fines? (Téngase presente la definición del punto I.)

a) La Democracia Cristiana tiene su núcleo más fuerte en la clase media, porque ella comparte por vocación las aspiraciones a la defensa de la personalidad humana, la amistad cívica y la moralización de la vida pública, que le son esenciales.

Si buscamos el modo de integrar al proletariado en la Democracia Cristiana, es preciso ensanchar esa clase media

b) La Democracia Cristiana se da en los grupos medios de la sociedad argentina por su tradición religiosa y porque ellos tienen más libertad de acción política. Pero su aparición es el resultado de la presencia de los trabajadores en nuestra vida pública, y sus fines no pueden cumplirse sin un plan de vida común que responde a los hábitos de la clase media popular y obrera.

PEÑA — Respuesta: b)

ALDANONDO — Respuesta: *La Democracia Cristiana tiene su núcleo más fuerte en la clase media, porque ella comparte por vocación las aspiraciones a la defensa de la personalidad humana, la amistad cívica y la moralización de la vida pública, que le son esenciales.*

La Democracia Cristiana se da en los grupos medios de la sociedad argentina por su tradición religiosa y porque ellos tienen más libertad de acción política. Con la reserva de que el partido debe integrarse con elementos de todas las clases sociales.

ALVAREZ — Respuesta: La D. C. es interclasista, debe acentuar su defensa sobre los más desposeídos, pero si algún sector social sufre injusticias debe el partido salir en su defensa.

Siendo interclasista, ¿puede cerrar sus puertas a alguien el P. D. C.?

El problema es cómo se llega a todos y en especial al proletariado sin demagogia y sin resentimientos. Debemos tener presencia real (hombres nuestros) en las organizaciones vecinales, en los deportes, en las fábricas, en las organizaciones empresarias, en todo.

PUIGGROS — Respuesta a) con la siguiente observación:

Aclaro que interpreto la respuesta como referida al tiempo presente y en este país, por cuanto la democracia cristiana no puede abandonar su acción vigorosa en defensa y consolidación de los derechos de todas las clases sociales, especialmente de las más agraviadas.

SALGADO — Respuesta: Ninguna de vuestras respuestas es buena. La composición que la D. C. requiere, según la definición del punto I, ha de ser necesariamente humana; integrarán Democracia Cristiana aquellos que sientan el imperativo del amor al prójimo, sean de la clase económica, estado social o profesional, o confesión religiosa que fuesen. La tendencia que trata de hacer "humana" una sociedad "inhumana" ha de estar formada por hombres que sientan a la "humanidad". Democracia Cristiana no es traje a medida de ninguna clase.

IV. — ¿Qué estilo político resulta de esa composición social?

a) La Democracia Cristiana es una forma de civilización y sólo en segundo lugar un partido. Por eso, su último fin es educativo y no político. Debe transformar a los hombres y a través de ellos la sociedad, de acuerdo con su doctrina. La docencia cívica y la amistad cívica son el modo normal de lograrlo.

b) En una sociedad de masas, no es posible la Democracia Cristiana sin restablecer el espíritu de comunidad. Por eso todos sus fines, hasta los más elevados, se presentan como una tarea común por realizar. Debe organizarse a la medida de su ambiente como un partido de ancha base popular, fundado sobre una mentalidad común. Para lograrlo, su doctrina se debe volcar en objetivos concretos junto con la

capacidad de realizarlos, expresados en lenguaje simple y claro, y poner a su servicio una severa disciplina

c) La Democracia Cristiana es una revolución de largo aliento, que debe ser iniciada sin demora por un acceso inmediato a la clase obrera. Su medio normal es un movimiento popular duro y convencido, promovido por una minoría de choque sin intereses creados ni compromisos que enturbien la claridad de sus fines.

ALDANONDO — Respuesta: *La Democracia Cristiana es una forma de civilización y sólo en segundo lugar un partido. Debe transformar a los hombres y a través de ellos la sociedad, de acuerdo con su doctrina. La docencia cívica y la amistad cívica son el modo normal de lograrlo, junto con una acción económica y política acorde con sus principios.*

ALVAREZ — Respuesta: Es una forma de vida pero es un partido, tiene que educar pero su fin es político, no es una universidad. Sin base popular será un ficticio partido. Debe usar un lenguaje claro y concreto, pero **propio, original**. La disciplina es imprescindible pero el P. D. C. es democrático por ende debe saber convivir interna y externamente. Sin jerarquía no puede haber convivencia.

PUIGGROS — Respuesta: a), con la siguiente observación:

Aunque rechazo la afirmación de que la democracia cristiana no tenga un fin político. Si ella es una forma de civilización, la política no puede estar excluida.

SALGADO — Respuesta: Me gusta vuestra respuesta c), pero con modificación. Es, sí, una revolución de largo aliento pero que debe ser iniciada sin demoras en todos los frentes. D. C. es un movimiento popular dura realizado por todos los que sienten la angustia de los demás, naturalmente que sin intereses creados ni compromiso alguno con nadie (y en esta expresión entran todos).

V. — ¿Cuáles de estos sectores de la economía deben ser administrados por el Estado? (La administración supone el dominio y no excluye la locación de obras y servicios, en su caso.)

- a) El subsuelo (combustibles sólidos, minerales fusionables y petróleo).
- b) La flota mercante.
- c) La hidroelectricidad.
- d) Los teléfonos.
- e) Los ferrocarriles.
- f) El crédito bancario (Banco Central y depósitos privados).
- g) El comercio exterior.

ALDANONDO — Respuestas a) y f): *El crédito bancario (Banco Central).*

ALVAREZ — Respuestas: a) y f): *El crédito bancario (Banco Central), con la siguiente observación:*

Los depósitos privados deben ser controlados en cuanto "dirección de la inversión" pero con fluidez y elasticidad suficientes como para no estrangular a la iniciativa privada.

PEÑA — Respuestas: a), b), c), d), e), f), g).

PUIGGROS — Respuesta: El estado tiene una función supletoria, por lo tanto ninguno de estos sectores normalmente **deben** ser administrados por él. Hay situaciones que reclaman la intervención del Estado para promover, facilitar, desarrollar o mejor administrar ciertos sectores de la economía. La experiencia de estos últimos años, muy particularmente la nuestra, exhibe el fracaso rotundo de la administración estatal; ni los

servicios mejoran, ni cuestan menos, ni se amplían, ni por lo tanto sirven al pueblo. Reitero que la regla es la explotación privada y la administración estatal es la excepción.

SALGADO — Respuesta: Todos y ninguno. Entiendo que los siete incisos corresponden a gestión socializada, a realizar por los directores interesados, con participación y control y promoción del Estado. Por otra parte, no cabe respuesta en un plano abstracto, sino "hic et nunc".

VI. — ¿Cuál de estas actitudes iniciales corresponde aplicar a los problemas de la economía argentina? (No se niega que haya medidas complementarias, incluso más importantes, que las que ellas sugieren. Aquí se dice la orientación que se les debe imprimir en primer término.)

a) Abrir el paso a una economía social libre, donde la justa distribución de los ingresos surja, en primer lugar, de la concurrencia perfecta de productores y consumidores, asegurada por una legislación contra los monopolios, y sus defectos se corrijan con las leyes sociales de protección.

b) Encuadrar en un programa de desarrollo las necesidades concretas de la economía argentina, determinando las que deben restringirse y las que deben tener prioridad en un plan de inversiones. Reservar al Estado sectores claves que juegan un papel de impulsión en el desarrollo, librando los restantes a la empresa privada, y coordinarlos por medio de los resortes superiores del sistema (impuestos, emisión de moneda, crédito, cambios y aduanas).

c) Echar las bases de un sistema económico no capitalista, dando las leyes y el crédito que permitan que el capital de las empresas pase a manos de los trabajadores, en un régimen de relaciones técnicas y humanas que compense las consecuencias de la división moderna del trabajo.

ALVAREZ, PEÑA — Respuesta: c).

ALDANONDO — Respuesta: b), sin perjuicio de lo señalado en el punto c).

PUIGGROS — Respuesta: Realmente no me sento interpretado en absoluto por ninguna de las tres respuestas. La "actitud inicial" así como la "orientación en materia económica" exige un desarrollo que excede a la condición de brevedad prevenida por la encuesta. Oportunamente espero poder presentar a esa Mesa de Redacción una respuesta que satisfaga a la pregunta y represente con precisión mi punto de vista sobre el tema.

SALGADO — Respuesta: Las respuestas b) y c) no se excluyen como actitudes iniciales. Entiendo, por el contrario, que deben sumarse. La respuesta a) puede ser muy linda en Alemania Occidental o en la Luna.

La C. G. T.

El Presidente de la Nación ha reiterado en su mensaje al Congreso pronunciado el 19 de Mayo, que el Gobierno se halla decidido a normalizar la Confederación General del Trabajo, y a entregar la dirección de la misma a los legítimos representantes de los trabajadores. Agregó también, que la demora en cumplir con este punto, contenido en el programa de la U. C. R. I., se debe únicamente a la necesidad por parte del P. E. de intervenir a determinados sindicatos, ante la acción insurreccional de sus dirigentes.

Obtenida la normalización de dichos sindicatos, se lograría —sin demora— la ansiada y tantas veces prometida normalización de la C. G. T. A pesar del énfasis puesto por el Primer Magistrado al leer los párrafos pertinentes, y del aplauso con que los legisladores oficialistas saludaron estas manifestaciones, un año de este Gobierno Constitucional y anteriores antecedentes, nos obligan a mirar con preocupación, no exenta de incredulidad, tales promesas.

Como Demócratas Cristianos no aceptamos una C. G. T. indefinidamente intervenida, y manejada por un funcionario designado y dependiente del Ejecutivo. Tampoco deseamos una C. G. T. cuya dirección esté en manos de trabajadores que anteponen a su quehacer gremial sus convicciones políticas, y pondrían una vez más, la poderosa institución al servicio de esos objetivos.

Ni una cosa, ni la otra. Pero tampoco inercia, dejar estar, y postergar un problema que lleva ya, casi cuatro años sin resolver. En la casa de los trabajadores, nada tiene que hacer el Estado, ni sus personeros. Hay en este asunto de la C. G. T. muchos interrogantes sin descifrar. Creemos que corresponde plantearlos para que la opinión pública medite y tome

posición, ante una situación dilatada, por falta de valentía y sinceridad en el Gobierno para darle solución.

¿Tiene el P. E. temor a la acción que pudiera desarrollar una C. G. T. en manos de los trabajadores? ¿O son acaso las Fuerzas Armadas, las que miran con recelo, la concentración de poder que emanaría de una C. G. T. normalizada?

Si del lado del Ejecutivo y Fuerzas Armadas no se ve claridad de intenciones, tampoco se pueden mirar “al trasluz” en el pensamiento de quienes orientan el sector laboral.

Si en los primeros meses del gobierno de Frondizi pareció que la C. G. T. sería dominada por representantes de los “62” en la actualidad, disminuida la influencia integracionista, los delegados de estas organizaciones han optado por la lucha frontal contra el plan de estabilidad, y se rumorea que no aceptarían formar parte de una C. G. T. dirigida desde la Casa Rosada. Los dirigentes temen al desprestigio que una acción de colaboración con el Ejecutivo, les ocasionaría entre la masa de afiliados.

A esta reserva general de los “62”, de la que participan también dirigentes de los “32”, estos últimos añaden objeciones de fondo a la aplicación de la ley de Asociaciones Profesionales.

Ante la política “realista” al decir de los voceros de la intransigencia, pero a todas luces “impopular” al sentir del resto del pueblo, los dirigentes gremiales parecen decididos a optar en estos momentos por la clandestinidad, a integrar una C. G. T. presuntamente “colaboracionista”.

Podemos afirmar que si bien ambas organizaciones, insisten en la necesidad de una C. G. T. única y poderosa, no se dan pasos positivos. No se ha intentado formar una comisión integrada por miembros de los dos núcleos para que promuevan la reunión del Congreso General, del

cual saldrían electos los integrantes de la futura C. G. T.

Tampoco han propuesto la creación de "comisiones de enlace", para tratar problemas estrictamente gremiales, y no aquellos planteos de tipo político, sobre los cuales existen hondas divergencias entre ambos grupos.

Y si ninguna de estas dos medidas, que representarían un principio de ejecución de un plan común, para lograr la recuperación de la C. G. T., ni ninguna otra, se ha podido llevar a la práctica, indica que quienes manejan el movimiento gremial argentino, no tienen apuro en la solución, y prefieren mantener un estado de inoperante separatismo.

¿Cuál es la razón de esta conducta? Una de las causas podría ser el profundo egoísmo de las camarillas de dirigentes, que durante el peronismo, gozaron de toda clase de privilegios, y que no se resignan a perderlos definitivamente. A ello agregan una cerrada intransigencia.

El otro grupo, que gozara de una tácita aprobación e su línea sindical por la Revolución Libertadora, si bien de procedimientos menos belicosos, tampoco asume una actitud franca dispuesta a una leal comprensión, a fin de que un clima de tolerancia impere en las relaciones del tra-

bajo, para beneficio de quienes deben ser los únicos destinatarios: los propios trabajadores.

El momento que vive el país exige posiciones claras. El Poder Ejecutivo, las Fuerzas Armadas y los actuales dirigentes gremiales deben dejar de lado las conveniencias personales de situación, de clase y de cargo, para que la C. G. T. dirigida por sus legítimas autoridades preste un servicio permanente y constructivo, en el mejoramiento de las condiciones del trabajo, y en la promoción de la clase obrera, fin primordial hasta ahora no logrado.

Anhelamos esa C. G. T. Rechazamos una C. G. T. que en vez de servir al trabajador, se sirva de éste, utilizándolo como un instrumento más en la consolidación de un régimen totalitario.

Quienes hoy como dirigentes, exigen unidad para llegar a los comandos de la mencionada institución, para desde allí propugnar el odio de clases, cometen grave mal. Nada duradero se construirá sobre el odio entre los argentinos. Es impostergable llevar el respeto recíproco, la mutua comprensión y el espíritu de colaboración, superando estrechos planteos clasistas, para que estas ideas sean el motor que impulse los cambios duraderos que el pueblo de la República espera.

"El mundo moderno está en trance de agonía por haber incurrido en la reacción de la falsa unidad contra la falsa pluralidad. Porque el individuo quiso extenderse arbitrariamente a expensas del bien común de la sociedad, ésta se rebeló contra el individuo y hoy amenaza aplastarlo sin piedad".

TRISTÁN DE ATHAYDE

EL IMPERIO DE LA VIOLENCIA

por José Manuel Saravia (h)

Los últimos treinta años de historia argentina exhiben síntomas de una peligrosa enfermedad. Hay en ellos, y hoy mismo encontramos en abundancia, signos objetivos que permiten advertir la preponderancia de sentimientos y de actitudes que son, por cierto, los más favorables a la vida gregaria. En ese período, se han multiplicado los episodios colectivos de fuerza; algunos han sacudido al país entero, otros tuvieron sólo efectos locales. Lo que es más grave, cada individuo argentino parece haber sido víctima de un proceso que ha llegado a revestirlo de rencor y a hacerle ver el mundo como una cosa sombría, seca, rígida y desierta. Los distintos sectores de opiniones o intereses han convertido sus divergencias, normales en la existencia de toda sociedad, en contiendas encarnizadas e implacables. El respeto por el adversario, la fe en las instituciones que la ley pone al alcance del ciudadano como instrumentos para zanjar pacíficamente las disputas —respeto y fe aquéllos que son en sí mismos expresiones de una comunidad fundamental de valores— han cedido plaza al empleo inmoral del poder político o económico, a la corrupción, a la insidia, a la lucha que envilece. A la vez que la incredulidad y el escepticismo han ganado el espíritu del argentino, el resentimiento y el odio se han adueñado de su corazón.

Pueden ser algo exagerados los colores de este cuadro. Es indudable, no obstante, que responden a una realidad que se percibe en cada rincón de la República. El amor, como potencia socializadora, casi ha desaparecido de entre nosotros. Sin embargo, el amor es un ingrediente indispensable para la vida en sociedad: "solidaridad social" ha llamado

Durkheim a este sentimiento: "cohesión" lo denomina la moderna sociología norteamericana. Eliminada esta influencia que vincula recíprocamente a los individuos y les hace sentirse partícipes y depositarios de normas y de valores idénticos, muy poco puede subsistir la vida social. Cuando la solidaridad desaparece, la sociedad se desintegra —en el sentido más hondo de este vocablo— pierde vigor el conjunto humano y, diluida la noción de un ideal común, el grupo comienza a caminar a la deriva. Lleva en su seno la impotencia y, de fracaso en fracaso, se siente inclinado a atribuir las culpas de sus desventuras al objeto de su odio. Se cierra así un círculo vicioso que puede sólo conducir a la ruina.

No es de extrañar, pues, que cause alarma la situación espiritual del país. La preocupación se justifica. Entiendo, por lo tanto, que es imprescindible y urgente analizar el fenómeno.

Una visión ingenua del problema

Entre los eruditos y profanos que se han ocupado del tema, predominan dos ideas divergentes. Hay unos que atribuyen la presencia de estas pasiones al encuentro de intereses opuestos, cuyos conflictos lógicos habrían sido exacerbados por la dinámica de la evolución que ha experimentado la Argentina; la actual situación de violencia sería consecuencia de las injusticias que se habrían cometido en la solución de aquellos conflictos: las víctimas estarían rebelándose contra los victimarios y éstos defendiéndose ante las reclamaciones de aquéllas. Para otros, no hay oposición de intereses: la prédica de agitadores y desplazados, valiéndose

de la ignorancia del pueblo, habría deformado la imagen de la realidad y, mediante el empleo de "slogans" e incitando los instintos de la masa, habría despertado odios y resentimientos susceptibles de ser utilizados en provecho de los demagogos. Unos y otros se equivocan. Tanto los que creen en la necesidad de mantener viva la conciencia del conflicto para alcanzar así la anhelada reforma social, como los que, convencidos de la presencia de una armonía fundamental en la familia argentina, abogan por la aceptación sin reservas del "status quo", están bajo la influencia de ideas preconcebidas y del afán de justificar, a través de estas opiniones, sus respectivas posiciones sociales.

Un examen más atento permite descubrir sentimientos de odio allí donde, objetivamente, no hay conflicto; también, muchas veces, la existencia de conflicto bajo una apariencia de paz imperturbable.

Las causas de la violencia

Quizá encontremos una primera clave que nos ayude a comprender mejor estas incongruencias, en una distinción analítica. Hay veces que la animadversión es el resultado de una auténtica pugna de intereses opuestos; los rivales se enfrentan entonces con el deseo de lograr el triunfo. La malquerencia surge, ya sea porque nos fortalece para el combate —es más fácil luchar, hacerlo intensamente, contra quien consideramos "enemigo", que contra el amigo— ya sea porque nuestra debilidad frente al adversario provoca en nosotros, junto a la sensación de inferioridad, rencores y resentimientos. En el primer caso, el odio puede fortalecer nuestras aptitudes agresivas y representar una ventaja ante el oponente; esto explica el carácter de la propaganda utilizada en controversias laborales y en situaciones de guerra, y la superioridad de un ejército de ciudadanos sobre tropas mercenarias. En el segundo caso, el sentimiento es expresión de impotencia y sirve para defender la integridad espiritual del individuo contra el poderío físico y moral del contrario. Como Max Scheller señaló con acierto, el resentimiento no implica un auténtico rechazo del adversario; es, más bien, la actitud

de quien en secreto desea aquéllo que ostensiblemente condena.

Hay otras situaciones en que la hostilidad no es efecto, sino causa de conflictos. No se trata ya de que el sujeto haya concebido sentimientos negativos contra el individuo o grupo que aparece como obstáculo para la obtención de un resultado cualquiera. Por el contrario; surge primero el odio. El conflicto es su consecuencia, la válvula que permite el escape de la tensión psicológica del sujeto. También en estos supuestos puede servir el conflicto para alcanzar objetivos concretos. Sin embargo, y a diferencia de los casos que se han mencionado anteriormente, no es ésta su finalidad primaria. En estas circunstancias, puede variar el objeto del odio del sujeto y permanecer inalterado el sentimiento; puede también subsistir el odio después de haberse llegado a la meta que le servía de justificación externa. La ciencia ha descubierto que las frustraciones que son inherentes a la vida engendran, en el ánimo del individuo, impulsos agresivos que necesitan expresarse. La agresividad no es un instinto, como creía Simmel. Es un producto indirecto de la experiencia. Puede ocurrir que el sujeto la dirija contra sí mismo y que se resuelva en tendencias hacia la auto-destrucción. Más frecuentemente, la encauza hacia el mundo externo. Cuando ello sucede, necesita encontrar un enemigo contra el cual pueda volcarse. Muy pronto, el individuo, grupo o clase que ha sido definido como "enemigo" comienza a suministrar al sujeto razones valederas para justificar su odio. Es que, como ha observado W. I. Thomas y como lo ha comprobado la moderna psicología del prejuicio, cuando los hombres definen un peligro o enemigo como verdadero, —aún cuando no haya nada objetivo para justificar esa creencia— la definición resulta real en sus consecuencias.

Marx, Sorel y otros habían ya descubierto las potencialidades enormes que, para la acción política, encierran estas tendencias agresivas latentes. Los regímenes totalitarios de nuestro siglo han perfeccionado la técnica para utilizarlas y para construir, sobre la base de frustraciones, desesperanzas y resentimientos colectivos, poderosos movi-

mientos populares dotados de una tremenda energía. Ha sido siempre fácil dirigir a las multitudes en pos de programas que, por satisfacer los impulsos irracionales, colman más perfectamente los anhelos más íntimos, aún los más oscuros e incofesados, de cada personalidad. Hemos asistido en los últimos tiempos, sin embargo, a la transformación de lo que fue otrora simple habilidad empírica, en una verdadera ciencia.

Influencia del peronismo

El peronismo, en la Argentina, recurrió concientemente a esta técnica. Había en el país un campo fértil para ello. Las clases dirigentes, convencidas de encarnar la configuración social y política más conveniente para la República, se negaban a reconocer que los intereses de otros grupos argentinos pudiesen ser contrarios a los que ellas representaban. El reformador, todo aquél que propugnaba un cambio en el orden establecido, era considerado, por lo tanto, como una influencia anti-social, como un perturbador indeseable. Los conflictos de intereses, no obstante, existían. Al mismo tiempo, el bajo nivel de vida de las clases trabajadoras, la represión de sus actividades gremiales, los manejos políticos y económicos que tantas veces desvirtuaron legítimas esperanzas generales, habían engendrado un clima de frustración y resentimiento que encerraba gérmenes explosivos. El peronismo provocó la explosión. Tuvo la habilidad de definir como enemigo, ante los desposeídos —las principales víctimas de la frustración— a quienes parecían los culpables más directos; las clases poseedoras. Predicó contra ese enemigo una guerra santa a cuyo servicio debía ponerse el poder del Estado, la organización sindical y hasta las armas y las sogas para colgar a los oligarcas. Por su parte, las clases poseedoras percibieron el peligro y, espantadas ante la aparición, en las calles y plazas de las ciudades, de vociferantes masas descamisadas, definieron a éstas como enemigo y las odiaron. De tal manera, la definición de Perón resultó eficaz y real en sus consecuencias. Por su parte, la clase media, elemento intermedio entre oligarcas y descamisados, concibió, frente a ambos, sentimientos ambivalentes y, poco a poco, fuese también con-

tagiando de la intolerancia del ambiente. La sociedad argentina se había impregnado de violencia.

Conclusiones

La revolución de 1955 y los acontecimientos posteriores modificaron radicalmente el panorama argentino. Perduran todavía los antiguos rencores, pero los planteos del esquema peronista se han desdibujado. El argentino no sabe ya a ciencia cierta quién es el amigo y quién el enemigo. Su agresividad, empero, subsiste. Sólo que ya no encuentra blancos precisos contra los cuales dirigirse, y se mantiene como un elemento difuso, listo para manifestarse en la primera ocasión propicia. Hace eclosión en el seno de las familias, en los incidentes callejeros, en las controversias políticas, en las relaciones comerciales. El carácter del argentino se ha agriado y su gesto, ante la vida y sus semejantes, se ha hecho torvo.

Inútil sería negar la existencia de conflictos de intereses. Los hay entre los patrones y obreros que trabajan en una misma empresa; entre el industrial y el ganadero; entre comerciantes y consumidores, etc. Pero también sería inútil persistir en actividades que en nada contribuyen a la solución de esos conflictos. Al contrario; este ambiente de odio que hoy impera, está deteniendo el progreso de nuestras instituciones y manteniendo viejos moldes que debieran ya estar superados. No sólo eso. El odio está haciendo de nosotros un pueblo de cínicos y escépticos, incrédulos del mérito personal y de la virtud privada. Es que, como justamente señalaba Ortega y Gasset, el odio es un afecto que conduce a la aniquilación de los valores. El odio, aunque quiera justificarse mediante el argumento de que está alimentado por la ambición de construir algo mejor, busca la destrucción de lo odiado y, para alcanzarla, olvida normas y subestima todo aquello que no le sirve para concluir rápidamente la tarea. El precio que paga quien odia para alcanzar la eliminación de lo odiado es muchas veces su propia integridad moral.

Pese a ello, con una insensibilidad que aterra, síguese atizando el odio. La hacen los profesionales de la política, los militantes

sindicales y figuras importantes de los principales grupos de presión. No son ajenos a esta conducta suicida los propios rectores y maestros de las universidades y algunas autoridades del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales.

Se dirá acaso que, producto natural de las frustraciones, la violencia no puede desaparecer hasta que hayan desaparecido las causas de aquéllas. Si así fuera, el empeño de quienes alguna vez han trabajado por traer la paz al mundo habría sido estéril. La frustración, en efecto, el dolor, la injusticia, la inseguridad, los desengaños, son inseparables de la condición humana. No hay régimen político o económico, no hay progreso técnico ni ciencia que pueda eliminarlos. Sin embargo, no es preciso que de ellos salgan sólo el odio y la violencia. El hombre ha demostrado, a través de los siglos, ser capaz de elevarse por encima de sus lágrimas y de servirse de sus sufrimientos para construir obras estupendas. La agresividad —no lo olvidemos— no es un instinto. La

reacción del hombre ante la frustración depende, fundamentalmente, de la manera en que controle sus impulsos, de la educación que haya recibido, de su actitud frente a la experiencia vital. De ahí que la acción de un agitador sea capaz de avivar sus peores disposiciones, y que la palabra de un santo pueda despertar en él las más excelentes inclinaciones. La frustración suele asfixiar las mejores aptitudes del hombre, pero puede también trocarse en el puente que le conduzca al conocimiento de sí mismo y de la Verdad. Tendrá uno u otro efecto según sea el espíritu con que fuere recibida.

Quienes se dirigen al pueblo no están demostrando comprender la naturaleza y el alcance de su responsabilidad. Es de esperar que comiencen a darse cuenta de ello y a trabajar para que nuestra patria llegue a ser, para todos los hombres del mundo, ese refugio de paz y fraternidad con el que soñaron nuestros antecesores.

ERRATAS

Pág. 43: columna margen derecho: línea 33, donde dice:

...“justicialistas”...

debe decir:

...“justistas”...

Pág. 48: Párrafo 3º: donde dice:

“Busacca-respuesta: a), b), c), d), e), e), g)

debe decir:

“Busacca-respuesta: a), b), c), e), f), g).

QUE HACEN LOS DEMOCRISTIANOS

COMUNISMO Y REPRESION

Extractado de los discursos pronunciados en el Concejo Deliberante por los concejales democristianos Frugoni Rey y Busacca, con motivo del decreto del P. E. sobre represión del comunismo.

Dijo el concejal Guillermo Frugoni Rey:

En primer lugar, quiero señalar que entre comunismo y democracia cristiana hay un abismo insalvable. Son dos mundos completamente distintos; dos doctrinas que se repelen mutuamente, sin que ello implique negar la convivencia democrática, y sin perjuicio, asimismo, de la simpatía personal o amistad que podamos sentir por personas que no comparten nuestros ideales como, en este caso, ocurre con los señores concejales comunistas.

Pero desde el punto de vista de la doctrina, los mundos que concebimos ambos sectores son inconciliables y totalmente distintos. El comunismo sostiene una concepción materialista; la democracia cristiana tiene una filosofía espiritualista, lo cual marca ya una fundamental diferencia.

Por otra parte, diferimos completamente en la concepción del Estado y del hombre. El Partido Comunista propugna la dictadura del proletariado, la supresión de las libertades públicas en defensa de esa dictadura, el establecimiento del partido único, y concibe la prensa, la cultura y el arte dirigidos, a los fines del propio comunismo. Considera que el hombre no es nada fuera del Estado, y propicia la lucha de clases como un medio para llegar a la entronización de la clase proletaria. La democracia cristiana tiene principios y medios completamente distintos, y de ahí otra diferencia que aleja más ambas concepciones doctrinarias.

No hay contacto posible entre ambas doctrinas, ni pueden coexistir, porque una excluye a la otra. La democracia cristiana reconoce cuál es el origen del comunismo, y sabe perfectamente bien cuáles son las causas que lo han originado. Por ello quiere ir a las causas, para evitar que millares de personas se vuelquen al comunismo como

única solución para los problemas sociales y económicos.

He dicho también que la represión policial del comunismo favorece también el engrandecimiento del propio capitalismo. Es una gran tentación burguesa, barata y sencilla, creer que con un simple decreto, se puede borrar una doctrina y eliminar las causas que la originan.

Significa también una desconfianza en los principios democráticos y en los recursos que la propia democracia proporciona para su defensa, recursos que están contenidos en la Constitución Nacional y en las leyes de carácter democrático dictadas en nuestro país. Si algún sector político —en este caso el comunismo, según manifiestan los fundamentos del decreto—, propicia la subversión, o un levantamiento, están los medios legales para sindicar y condenar a los culpables, en lugar de las declaraciones generales que nada dicen en concreto.

Nosotros creemos sinceramente que si se buscan remedios o soluciones para extirpar el peligro comunista, deben eliminarse las causas que lo motivan. El gobierno tiene que tratar de que haya una estricta justicia social, elevando a las clases más necesitadas. Debe buscar, además, una verdadera reforma agraria y de las empresas, limitan los excesos del capitalismo.

Solamente cuando el gobierno dé un ejemplo real de austeridad, controle el proceso inflacionista en forma total, y tenga una política internacional seria y definida, hará una política que impedirá doctrinas que no son compatibles con el espíritu nacional.

Los demócratas cristianos preferimos morir por la libertad, que matar por ella. Esa es nuestra posición en cuanto a los problemas políticos, económicos y sociales, y tenemos las soluciones para los mismos, pero también creemos, con respecto al caso en cuestión, que las bancas de los señores concejales comunistas deben eguir siendo ocupadas por los mismos, mientras esté en vigencia el mandato surgido del pueblo.

No tememos a los comunistas; no tememos a ninguna doctrina, cuando nos asiste

la verdad y la justicia social completa y total, no va a haber comunismo.

Dijo el concejal Salvador F. Busacca:

Afirmamos que este decreto llevará agua al molino comunista. Ello, en primer lugar, por las víctimas injustas que provocará la aplicación del mismo. Muchas mujeres y hombres serán acusados, cuando levanten su voz de protesta por esa torpeza que siempre involucra la persecución policial. Serán acusados de comunistas, y la solidaridad popular ante la injusticia, será el primer resultado de este decreto llevado a la práctica.

Asimismo, se producirá esa solidaridad de la clase trabajadora, especialmente del mundo de los humildes que es tan tremenda y tan profunda, frente a la injusticia que se comete en perjuicio de sus compañeros que conviven en su mismo sector social. Solidaridad, señor Presidente, que es en este momento un llamado dramático a la realidad, no tanto de este Gobierno, sino de todos nosotros, para que comprendamos que no se trata de una simple cuestión electoral que viene a formular la oposición.

Y podemos decir, por nuestra parte, en el terreno de la oposición constructiva en en que está empeñada la democracia cristiana, que ha ofrecido incluso a este Gobierno un programa de desarrollo económico, que no mereció la menor atención de éste, ni de los sectores de la oposición.

Se señaló aquí —pese a las afirmaciones del señor concejal Garibaldi— que históricamente el método de las persecuciones ha fracasado en todos los países del mundo. Podemos comenzar por Rusia, recordando el terrible castigo que infligían los cosacos y el “knuts”, y que sin embargo no pudieron impedir que el pueblo se levantara, dirigido por la siempre hábil y poderosa organización comunista. Y el zar cayó para dar lugar a una de las más grandes experiencias sociales y económicas que está viviendo la humanidad; experiencia que, por supuesto, no compartimos, porque en su planificación somete la persona humana a la simple razón del Estado, y la sacrifica a los intereses de la colectividad.

En esta terrible experiencia que ha vivido Alemania después de la caída del nazismo;

Italia después de la caída del fascismo. Y, acaso, no es el gran argumento en este momento para sostener la dictadura franquista: si Franco cae, España será presa del comunismo!

¿No es suficiente la experiencia de Vargas en Brasil, y la experiencia chilena, país en el que los comunistas, en los campos de concentración de Pisagua, formaban sus militantes cuatro veces más rápido que actuando en la normalidad?

Se trata de no enfrentar este problema, sino superarlo. La miopía del mundo burgués y capitalista cree estúpidamente que las ametralladoras y las cárceles pueden detener una idea en marcha, servida por hombres y mujeres ferozmente disciplinados, y con un misticismo capaz de cualquier sacrificio.

Los demócratas cristianos, que estamos contra todos los imperialismos, ya sean de izquierda o de derecha, queremos llenar la democracia. Debemos darle a la misma capacidad de ejecución, no perdernos en el sucesivo parloteo. Debemos darle a la democracia contenido de justicia social, para que la riqueza no sea solamente producida, sino también bien distribuida.

Debemos darle contenido a esta democracia nuestra para realizar un auténtico y profundo reparto de la tierra entre quienes la trabajan, para que el trabajo sean un valor superior, infinitamente superior al dinero y al capital; debemos darle un contenido para que la austeridad republicana y los valores de la moral cívica priven en este país en descomposición, que parece no tener otro valor y orientación, como muy bien señalara el señor concejal Fiori, que el valor y el patrón del dinero como medida de todas las cosas.

Frente a la tesis comunista de la violencia y del odio, nosotros reivindicamos la tesis del amor; frente a la tesis comunista de la dictadura del proletariado, preferimos correr esta gran aventura de la libertad humana, esta gran experiencia de la democracia, experiencia sin duda imperfecta hasta ahora, pero a la que queremos dar todo el sentido ético y toda la capacidad de realización para que, en este camino del triunfo de la democracia, el comunismo pierda definitivamente su razón de ser

DOCUMENTOS

Memorandum de la mesa directiva de la JUNTA NACIONAL del PDC al Dr. Alfredo Vitolo, Ministro del Interior, del 23 de junio de 1959

1º El país está al borde de la anarquía. El gobierno ha perdido toda autoridad; no inspira confianza, ni despierta adhesión. La situación pone en grave riesgo la estadiario de la democracia cristiana, acaba de crea la amenaza de una solución de fuerza y una dictadura.

2º El señor Ministro del Interior ha llamado al Partido Demócrata Cristiano, como a las demás fuerzas políticas, para exponerles la situación y requerirles soluciones para superar la crisis. Nos ha expresado la disposición del gobierno, de realizar las rectificaciones que sean necesarias para alcanzar la pacificación del país y la estabilidad institucional. Este anhelo de diálogo y esta voluntad de rectificación constituyen un hecho auspicioso.

3º Toda solución exige imperativamente restablecer la confianza, reconquistar las condiciones para la convivencia en la paz y la libertad, promover la solidaridad nacional alrededor de un plan mínimo de objetivos concretos en que puedan coincidir todos los sectores sociales. Los demócratas cristianos, estamos dispuestos a realizar los sacrificios y los esfuerzos requeridos para cumplir ese objetivo.

4º Hemos expuesto al Señor Ministro que la consulta debía alcanzar, en igualdad de condiciones con los partidos políticos a las organizaciones sindicales y empresarias sin excepción, a lo que el Dr. Vitolo expresó, que ése era el propósito del Gobierno. Sólo la ayuda, comprensión y sacrificio de todos podrá asegurar el cumplimiento del plan.

5º El Gobierno debe rectificar los métodos de captación y predominio de que se ha valido en el orden político y en el orden gremial; abandonar una táctica basada en pactos y componendas, en la explotación política del peronismo y en la instrumentación de los sindicatos, que han producido confusión y desconfianza. El país necesita juego limpio.

6º Para el plan mínimo de objetivos concretos, los demócratas cristianos hemos propuesto:

"El restablecimiento de la función propia de cada poder del Estado, de la jerarquía del Congreso y de los Ministros.

El respeto de la autonomía del movimiento obrero. La reforma de la ley de asociaciones profesionales, en base a la libertad de agremiación, la contribución obligatoria y la unificación de la representación, con participación proporcional.

"La reglamentación del derecho de huelga, con una legislación que someta también al Estado patrón a la conciliación previa y al arbitraje.

"La creación de un consejo Económico Nacional, integrado por los representantes de las organizaciones sindicales y consumidoras, en igualdad con los de la producción y el comercio, para colaborar en los planes de estabilidad y desarrollo económico.

"La publicidad amplia y constante del plan económico, de su desarrollo y de sus fines, así como de los compromisos adquiridos. La defensa de la industria nacional, de un nivel mínimo de consumo y del precio de los artículos de primera necesidad para fiscalizar el alza de la vida mediante la rectificación ue al efecto requiera el plan vigente en la política impositiva, crediticia y cambiaria.

"La reforma de la ley Electoral, para establecer la representación proporcional a fin de vitalizar la democracia y asegurar la verdad del principio representativo.

"La sanción de la ley de radiodifusión, en forma que asegure la igualdad en el uso de la radio y la televisión por todos la corrientes de opinión.

"Una política coherente frente a la penetración comunista, con especial preocupación por su acción en la administración pública y en la dirección de la educación y la cultura.

"El respeto de la función propia de las fuerzas armadas y el restablecimiento de la disciplina.

"La sanción de una ley reglamentaria del estado de sitio.

"La derogación de las medidas represivas y la sanción de una nueva amnistía política y gremial para ser posible la pacificación social".

7º El Señor Presidente de la Nación debe asumir, pública y personalmente ante el país, la responsabilidad de la rectificación, y del cumplimiento de la nueva política articulada.

8º La coincidencia alrededor de estos objetivos con suficiente garantía de cumplimiento de ese plan mínimo, hará posible un compromiso público de todas las fuerzas políticas sociales y económicas de postergar sus propios planteos hasta la consolidación de la paz y el afianzamiento de la unión nacional.

• U. I. J. D. C.

Con el propósito de dar cabida en sus cuadros a representantes de los nuevos partidos demócratas cristianos de América Latina y el continente africano, la U.I.J.D.C. (Unión Internacional de Jóvenes Demócratas Cristianos) ha procedido a reformar sus estatutos. Según la nueva estructura, los partidos de cada continente se agruparán en Uniones Regionales, las que a su vez designarán representantes ante la Unión Mundial.

• Elecciones universitarias

La "Österreichische Hochschulerschaft", organización de derecho público, representativa de todos los estudiantes universitarios austríacos, convocó a elecciones recientemente a sus asociados a efectos de renovar sus autoridades. He aquí el lenguaje insobornable de los guarismos: Socialcristianos, 8.025 votos (57, %); Liberales, 3.789 (27,9 %); Socialistas (14,11 %); Comunistas, 169 votos (1,35 %).

• Fuerza nueva

Un esfuerzo periodístico, inspirado en el diario de la democracia cristiana, acaba de

concretarse con la aparición de "Fuerza Nueva", publicación editada en la Capital Federal, bajo la dirección de José M. Holgado, a la que nos complacemos en augurarle el mayor de los sucesos.

• Economía y Humanismo

Para mediados de julio entrante, se reunirán en París los componentes del Equipo Central de Economía y Humanismo, los que bajo el lema de "Economías regionales y democracia económica", habrán de considerar los problemas relativos a la organización de las economías territoriales, delimitando los objetivos y las condiciones, tanto económicas como humanas, que supone un programa de racionalización regional.

• Estadística parlamentaria

Resumen de los proyectos presentados por el diputado demócrata cristiano, doctor Teodosio Pizarro, en la legislatura cordobesa: Proyectos de Ley, 30; Proyectos de Resolución, 66; Proyectos de Declaración, 5; total: 101. De los mismos, fueron aprobados 39, rechazados 4, y 58 pasaron a Comisión. Las cifras son por demás elocuentes. Los comentarios huelgan.

LA NECESIDAD de una publicación democratacristiana no parece difícil de demostrar. Está a la vista y un consenso general la corrobora. El problema es hacer y mantener tal publicación.

Un grupo de democratacristianos, al margen del Partido, pero en colaboración con él, ha emprendido la tarea de editar una revista que contribuya a difundir la Democracia Cristiana en el país y de ser posible más allá de sus fronteras.

La empresa no es fácil, teniendo en cuenta algunas experiencias anteriores. Pero con la colaboración de todos los que compartan la necesidad enunciada, confiamos en poder mantener una publicación de calidad, modesta en su forma, y de aparición regular.

Deseamos, asimismo, que este intento pueda demostrar la posibilidad de un trabajo en común entre representantes de diferentes sectores partidarios, trabajo en común que de ninguna manera impide el libre juego de las ideas, encauzadas o no en corrientes internas de opinión.

Sirvan estas líneas para exponer un anhelo y solicitar una adhesión. Esperemos que lo logren.

**CUADERNOS DE LA D. C. precisa
su colaboración. ¡APOYENOS!**

Mesa de Redacción: Luis M. Baliña, Jorge García Venturini,
Enrique Lanús, Pedro Lobos, Norberto Peruzzotti.

Administración: Bartolomé Mitre 2600 - Buenos Aires - Argentina

Suscripción anual: \$ 120 - Exterior: 5 dólares - Número suelto: \$ 10.

CUADERNOS DE L

D.

EMOCRACI

C.

RISTIAN